

## MEDITACION.

## SOBRE LA LIMOSNA

## PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay remedio mas seguro para nuestra santificacion y para nuestra justificacion, si somos pecadores, que el que nos ofrece Dios en la limosna. ¿Eres justo y quieres aumentar la santidad? pues es un excelente medio la limosna; porque todas tus obras son tanto mas agradables al Señor, cuanto son nacidas de una mayor santidad; y se debe convenir en que aquellas obras en que damos á Dios mayor honor y gloria, son tambien las mas propias para santificarnos. ¿Qué es pues lo que haces cuando socorres á tu hermano necesitado? Reconoces del modo mas solemne el soberano dominio de tu Dios; y la obediencia que en esto protestas á su suprema autoridad eleva infinitamente el precio de la limosna. Este Dios santo te manda distribuir tus bienes con aquellos á quienes la Providencia ha querido privar de ellos. Son tan terminantes sus órdenes en este punto, que no admiten réplica ni interpretacion. Bien sea que des limosna por tu natural inclinacion, ó ya tengas que vencer para ello tu codicia, das no obstante á Dios las pruebas mas sensibles de sumision y de respeto; porque ó sacrificas á Dios tus pasiones é intereses, ó bien te haces un santo hábito á respetar sus intenciones y designios, y ofreces en ello al Señor un debido sacrificio de alabanza. Persuadido á que Dios es el árbitro supremo de todos los bienes que de su mano has recibido; que su solo poder y voluntad es el que fecunda ó esteriliza los campos, le reconoces como al primer propietario de tus bienes. Miras entonces al pobre como á un substituto de Dios para el cobro del tri-

buto que le debes, y te miras á tí mismo como dispensador de aquellos bienes que la Providencia puso á tu cuidado, testificando juntamente tu propia indigencia á los ojos de tu Dios: y este obsequio es tanto mas grato y sincero, cuanto es menos violento y mas conforme al designio de Dios en enriquecerte.

Porque ¿qué otro fin pudo proponerse la eterna sabiduría en llenar á unos de bienes, dejando á otros sumergidos en la miseria y confundidos con el polvo de la tierra? No otro que el que dice el apóstol; á saber, que la abundancia del rico supla la indigencia del pobre. Así se conserva en el mundo aquella mutua dependencia que hace que el rico necesite de los trabajos del pobre, y el pobre halle de que subsistir en los socorros del rico. Esta misma desigualdad es la que conserva el órden, la subordinacion y la dependencia que á cada uno corresponde; admirable disposicion por cierto de la divina Providencia, cuya equidad y sabiduría hace ver al rico caritativo.

Blasfema un impío de la Providencia, y atribuye al capricho de la fortuna la desigualdad que se observa en la reparticion de los bienes de la tierra. ¿Dónde está, dice, el Dios de estos hombres abandonados é infelices? Si el mismo Dios es el que ha criado al pobre y al poderoso, ¿porqué esta acepcion de personas? Si él es y se llama Padre de los pobres, ¿porqué los deja combatir contra su mala fortuna? El pobre mismo maldice tambien la mano divina que le ha formado; se olvida del Dios que le sostiene, y le hace autor de los males que le oprimen. Pero dame un rico caritativo, y este hará convenir al impío en que hay un Dios que cuida de las necesidades de los que le invocan; un Dios rico en misericordias para todos los que se llaman sus hijos. Un rico limosnero justificará la providencia en el espíritu de los pobres, mucho mejor que lo pudieran hacer los mas sólidos razonamientos.

Nada harás con exhortar á un pobre á la confianza en aquel Dios que no se olvida de las aves del campo, en vano le predicarás que se conforme con las disposiciones divinas; todos tus discursos no harán impresion en su alma grosera mientras se ve morir en el seno de la necesidad y la indigencia. Pero cuando un nuevo Elías multiplica el pan de esa viuda desamparada; cuando el pobre ve que sin pensarlo se halla socorrido, entonces esta inopinada limosna triunfa de su poca fe; entonces tus exhortaciones hallan en él un corazón dócil y bien dispuesto, y se ve precisado á confiar en aquel Señor que le socorre. De manera, que con sola esta limosna puedes remediar muchas necesidades. Pero ¿piensan así esos ricos indolentes, á quienes nada basta para satisfacer sus pasiones, y que nada tienen mas olvidado que la miseria de los pobres?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que á pesar de las terribles maldiciones con que Jesucristo nos ha hecho tan temibles las riquezas, se convierten en fuentes inagotables de gracia y de bendicion para el rico que sabe hacer de ellas el uso que las corresponde. Las riquezas pueden librarte de los escollos en que suele naufragar la salvacion de los poderosos. La irreligion, la indolencia, el ocio, la molicie, la soberbia y la codicia, vicios tan ordinarios, y casi connaturalizados con las riquezas, ya no hallan cabida en el corazón del rico misericordioso. Aquella iniquidad universal que sale del seno de las riquezas, se hace para el rico un medio seguro de felicidad; porque, como dice Dios, todo se hace puro y santo para el que diere liberalmente sus bienes á los pobres. La caridad, que es la que da mérito á todas las virtudes, releva infinitamente el precio de la limosna, y cubre así la multitud de los pecados; porque ¿cómo podrá Dios negar su misericordia al que ve

sensible á las miserias de sus semejantes? Aun cuando tuviese armado contra tí el rayo de su ira para perderte, se le arrancaria de las manos la misericordia que ejercitas con el pobre.

Si adviertes tambien que el pobre á quien socorres es hermano tuyo, redimido con la misma sangre del Cordero inmaculado, unido con la misma fe y esperanza, hijo de la misma Iglesia y coheredero de la misma gloria, hallarás otros tantos motivos de piedad para compadecerte de su desgracia. Pero mas que todo esto debe determinarte la consideracion de que no es precisamente un hombre á quien socorres; este pudiera serte ingrato, y pagarte con injurias el beneficio que le haces: es el mismo Jesucristo quien da por recibida en su persona la limosna que das al pobre necesitado. ¿Y podrás dudar de su bondad ó de su liberalidad para premiarte el bien que le haces en la persona de sus miembros indigentes?

Un vaso de agua que des al pobre, es lo mismo que si lo dieses al mismo Jesucristo que viniere á pedirte en persona. Esta es una verdad de fe tan cierta como cualquiera de los artículos de creencia de nuestra religion; pero si se creyese como es debido, ¿se verian tantos pobres, y extremadamente necesitados entre los cristianos? ¿habria un cristiano, por duro y cruel que fuese, que se atreviera á negar una limosna al mismo Jesucristo si se la pidiese? No es creible. Con todo, perece de hambre el mismo Jesucristo en la persona de sus pobres.

Aun cuando no te mueva tu propio interés en la limosna, debe moverte la consideracion de los muchos bienes que puedes causar, y de los males que puedes evitar con ella en tus hermanos. Tal vez mantienes en la debida sumision á un hombre que, cansado de arrastrar las tristes cadenas de su infortunio, estaba ya á pique de acabar su vida en la desesperacion mas

horrorosa. Tal vez conservas en la inocencia una castidad vacilante, que, no pudiendo resistir á los duros golpes del hambre, reunidos muchas veces con las mas vivas é importunas sollicitaciones, siente á un tiempo mismo el rigor de la miseria y el riesgo del honor y de la conciencia. ¡ Cuenta, si puedes, en este caso los pecados que evitarías con sola una limosna! Consuelas acaso á unos miserables, que, bajo el peso de los males que los oprimen, no saben si deben llorar mas la privacion de los bienes de fortuna, ó la conservacion de su vida moribunda; á unos miserables, que, unidos por los vínculos mas estrechos de la sangre á otros tan infelices como ellos, añaden al dolor de su propio tormento el de ver padecer á aquellos que mas aman. Por cortas que sean tus limosnas, sostienes la confianza del pobre, enjugas sus lágrimas, y derramas en su pecho una felicidad que le anima y le fortalece.

¡ O gran Dios, y qué á poca costa y facilísimo me habeis hecho el medio de salvarme! Es vuestro sin disputa todo lo que tengo, y me premiaís como si hiciese una gran cosa cuando os vuelvo lo que de vos he recibido. Ahora quisiera yo tener riquezas inmensas para ponerlas á ganancia en vuestros pobres. Dadme, mi Dios, esta santa codicia, y apartad de mi la que es origen de todos mis delitos.

#### JACULATORIAS.

*Jucundus homo qui miseretur et commodat.*

Salm. 141.

¡ Qué agradable á Dios es el que tiene misericordia con los pobres!

*Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.* Matth. 5.

Bienaventurados los misericordiosos con los pobres; porque tambien Dios tendrá misericordia de ellos.

#### PROPOSITOS.

1. Cuando por un error tan perjudicial como grosero llegues á persuadirte que solo has de dar limosna de lo que te sea absolutamente superfluo, acabaste de una vez con esta obligacion indispensable. Será preciso entonces que la recibas tú, y la pidas al pobre mas necesitado. Serán tantas y tan urgentes las necesidades que te ocurran para decir que nada te sobra, que sola su enumeracion podrá mover á lástima; y no habrá mendigo que pueda contar otras tantas. Juzgarás necesario el mantener un lujo ruinoso, para no desdeñarse de tus iguales, ó excederlos, si lo permiten tus rentas. Tendrás por necesario el aventurar á la suerte en un juego gruesas sumas con que pudieran subsistir muchas familias; tendrás por indispensable adornar y enriquecer esos ídolos del deleite que merecen tus adoraciones, y este es un fuego que nunca dice: basta. Será necesario sujetarte al capricho de la moda, y pagar á precio exorbitante una bagatela que de nada te sirve, y acaso te incomoda; ¿ y hallarás un solo pobre que exagere tanto sus necesidades? No tiene límites la codicia; y si el mundo todo se empeñase en enriquecerte, nunca te sobraria cosa alguna para el pobre. La dureza de los ricos y sus locas profusiones son las que multiplican los pobres en el pueblo; y aunque muchas veces la Providencia se complace en llenar de bienes á los pobres, y privar de ellos á los ricos, ninguno piensa que esto haya de pasar por él: ponen su confianza en los tesoros, y aquella es tanto mayor, cuanto estos se aumentan cada dia con lo que se usurpa al necesitado.

2. No dejes de hacer la limosna que pudieres, segun tu estado y condicion; y para que tengas una regla segura que te enseñe como debes portarte con el pobre, ponte en lugar suyo, y mira como quisieras tú

ser tratado por el rico. Así verás fácilmente cuántos medios te suministra esta sola diligencia para el socorro de los pobres. Si yo fuera pobre, no necesitaba de tantos platos en mi mesa; pudiera pasar muy bien y sin indecencia en mi trato, sin estos muebles que he comprado solo por seguir la moda. ¿Cuántas cosas tengo en mi casa que son de puro lujo, de ninguna utilidad, y que si se quiebran ó se rompen me causan un grave sentimiento? ¿Y no estaría mejor empleado todo esto en manos de los pobres? ¿No tendría yo la dulce satisfacción de haberlos socorrido, y haberme ahorrado un disgusto, que será mucho mayor que el simple placer de poseerlo? ¿Qué utilidad me trae, por ejemplo, este grandioso espejo que me costó tantos doblones, y que por un leve acaso puede hacerse mil añicos? ¿No me sería mejor haber empleado su importe en remediar á algunos pobres que hoy y siempre rogarían á Dios por mí, y tendría yo el consuelo de haber hecho una acción tan meritoria, y de que jamás debiera arrepentirme? ¿Pensaré del mismo modo á la hora de mi muerte cuando haya de dejar por fuerza todas mis riquezas?

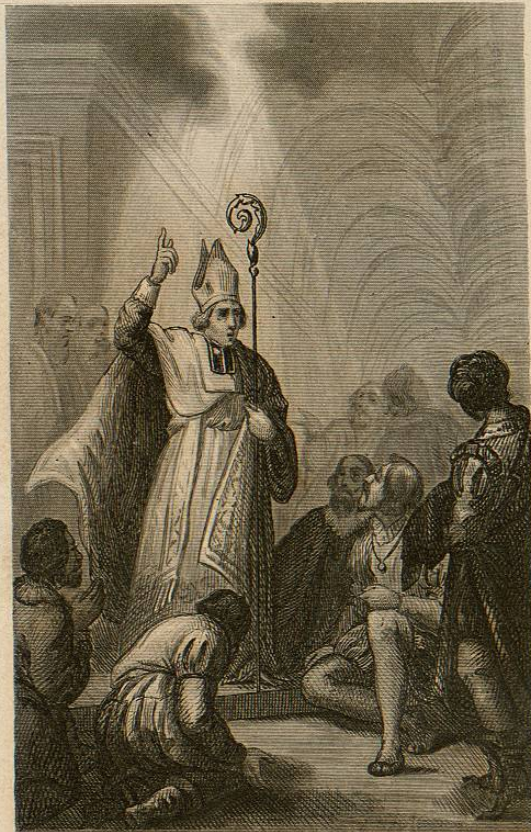
---

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN FRANCISCO DE SALES,

OBISPO Y CONFESOR.

San Francisco de Sales, ilustrísimo por su nacimiento, como hijo de una de las mas nobles y mas antiguas casas de Saboya, celeberrimo por su piedad y por su celo, apóstol de estos últimos tiempos, uno de los mas bellos ornamentos de la dignidad episco-



S. FRANCISCO DE SALES.